

Keila Vall de la Ville y el registro de los instantes

La escritora venezolana presenta su primera novela "Los días animales".



0

Comentarios



4

Compartido



INDIRA ROJAS



07 de octubre de 2016 05:00 AM

Para la escritora venezolana Keila Vall de la Ville el tiempo deambula en fragmentos e instantes que recitan historias. El registro queda en la libreta que lleva en su cartera, en el dorso de una factura o en una servilleta. Hace las veces de memoria operativa: recopila y proyecta momentos sobre el papel, que luego se amasan sobre la pantalla del

computador. Vall los digiere para hacerlos poema o cuento. En el universo de la autora, que reside en Nueva York desde 2011, se une el género de la novela con la publicación de *Los días animales*, por Oscar Todtmann Editores.

Se trata de la versión extendida del relato *Las alas de Rafael* -mención especial del VII Concurso Nacional de Cuentos de la Sociedad de Autores y Compositores de Venezuela-, narración que se enconó cual astilla en un dedo y reclamaba dilación, más personajes, más voces, más intercambios.

-Acostumbrada al cuento, al poema, ¿por qué decidió continuar el relato como novela?

-El cuento *Las alas de Rafael* me gusta mucho, y cuando lo cerré me quedé con la sensación de que había que contar más cosas. Y pensé que escribir una novela suponía un nivel de entrega y de responsabilidad que para mí es iniciático. Pensé: ¿Qué pasaría si más bien esta historia que me interpela, y que me da la oportunidad de decir cosas que me parecen importantes, la tomo como punto de partida para este viaje iniciático? Y así fue.



"Pensé que escribir una novela suponía

un nivel de entrega y de responsabilidad que para mí es iniciático"

En *Los días animales*, Julia y Rafael, su pareja, patentan el peso de un amor tóxico y turbulento. Ambientada en la década de los 90 -época dichosa, cuya sola mención hace que Vall despliegue una sonrisa y recuerde: "En ese entonces no sentíamos la continua sensación de riesgo"-, la obra deja rastros de nostalgia, mientras el lector atestigua el miedo que Julia encara transformado en violencia, un vacío similar al que experimenta en cada jornada de escalada, una actividad que Vall conoce bien, pues la practicó en su época de estudiante de Antropología en la Universidad Central de Venezuela.

Julia sufre su cataclismo personal y en el viaje, que se produce en plano físico entre Venezuela, India, Pakistán y Estados Unidos y así como en el espiritual, se reencuentra con el origen. "Keila Vall cuenta un itinerario a través de medio mundo que es una aventura y una crónica de viajes y una metáfora del descubrimiento: el de las cosas fundamentales que han estado siempre dentro de nosotros pero que hemos debido ir muy lejos para encontrar, reconocer y aceptar", apunta el escritor español Antonio Muñoz Molina sobre el libro.

-¿El texto tiene señas autobiográficas?

-Es muy curioso cuando preguntan cuánto hay de autobiográfico o no, porque para mí toda la novela es autobiográfica. Independientemente de que los personajes sean de ficción, que narre situaciones en las que nunca me he encontrado, y hable de lugares a los que nunca he ido, están allí porque fueron filtrados por una preocupación muy personal (...). Yo creo que uno tiene que escribir desde el lugar de la honestidad, donde

uno diga "esto para mí es importante y me permite decir cosas que creo serán relevantes para otros".

-Este año Bid&co también publicó su poemario *Viaje legado*. Así como tiene inclinación por los instantes, hay también una obsesión secreta por el viaje y el regreso...

-¡Totalmente! ¡Me descubriste! Cuando estudié me especialicé en Antropología del Paisaje. En efecto, tengo una profunda preocupación y enamoramiento por lo que el paisaje es y por lo que genera en los seres humanos y por el valor cultural que le damos. El paisaje por sí sólo afuera no existe, el paisaje existe porque uno lo lee y le adosa significados culturales y significados íntimos y personales (...). El viaje puede ser muy corto o muy largo, puede tener muchas estaciones o no, pero lo que siempre ocurre es que es un proceso de transformación que interpela al ser humano de un modo o de otro.

-¿El viaje trae entonces desarraigo?

-Yo creo que hay dos cosas. Para realmente sentir el paisaje y para emprender un viaje que sea potencialmente iniciático y generador de transformación uno tiene necesariamente que deslastrarse de muchas cosas. Y ese deslastrarse no es fácil, es doloroso. Entonces sí hay un desarraigo inherente al hecho del viaje. De hecho, la comprobación de eso es que cuando regresas eres otra persona. ¡Así sea un fin de semana a la playa, vuelves siendo otro!

-Por otro lado, el viaje siempre es un desplazamiento a lo desconocido y hacia lo inesperado. Nunca sabes qué va a pasar, y eso da miedo y de algún modo también es un desarraigo porque te estás despegando de tu propia vida. Y, en un sentido más contemporáneo o más actual, si se quiere, cada vez que te vas dejas atrás un pedazo de tu vida y parte de lo que has sido, aunque siempre lo vuelves a reencontrar.



"El paisaje por sí sólo afuera no existe, el paisaje existe porque uno lo lee y le adosa significados culturales y significados íntimos y personales"

-¿Encuentra en la escritura atributos terapéuticos?

-Eso depende desde dónde le entra uno. Tampoco creo que escribir cure. En todo caso, te permite descubrir cosas. Gracias a la novela descubrí lo importante que es para mí hablar de la violencia en general y de género, y de las formas sutiles en las que aparece. Eso es algo que no me había propuesto, pero salió de la novela. Se me evidenció un camino y dije "lo quiero recorrer".

Vall hace una breve pausa. Tras los lentes oscuros que amortiguan el paso del sol del mediodía, que se asoma en su balcón sin piedad, se ocultan sus ojos. Se pierde la expresión de aquel silencio. Pero seguramente sus pupilas marrones deben estar inmóviles, clavadas en El Ávila mientras recrea un recuerdo. Dice:

-Me ha pasado una cosa muy curiosa. Y es que tres mujeres desde que llegué me han dicho que se sienten conmovidas e identificadas, que asumieron la novela como propia. ¡Hasta se me salen las lágrimas! Cuando te consigues con esos rostros y esas manitos agarradas que te dicen "esto que escribiste es importante para mí", eso lo vale todo. Uno siente que esto es lo que debe seguir haciendo.

Sobre la violencia de género afirma que está "cada vez más presente" en su escritura por tratarse de un tema "del pocos hablan. Y una mujer tiene mucho que decir sobre la violencia de género. Es una responsabilidad moral, espiritual, e incluso política con respecto al asunto. Mientras sean más visible las situaciones de violencia hacia la mujer más fácil será resolverlas".

-¿Y cómo ha sido transitar por este descubrimiento? Ha dicho que *Los días animales* le ha revelado ese creciente interés por el tema de la violencia, un tema que además es muy sensible y difícil.

-Por un lado ha sido descubrir que los seres humanos siempre estamos muy cercanos a la violencia. Quizá llegué ahí al trabajar la escalada, con esta idea del peligro y del miedo. A la vez pensaba "hay otras formas del miedo" y esas formas, aunque químicamente parecen funcionar igual, esas hay que tratarlas. El miedo siempre tiene una dosis de subjetividad y te interpela de donde venga.